

Tribuna abierta

Nuestra nueva vieja Europa

POR Enrique Zuazua



Tal vez en esa nueva Europa, a caballo entre la visión que explicita Macron y la de la sucesora de Merkel, Annegret Kramp-Karrenbauer, haya ocasión para que las naciones sin estado hallen espacio para sus legítimas aspiraciones

N O hace tanto que Europa era percibida como un territorio lejano, al otro lado de los Pirineos. De niños, cuando algún turista francés preguntaba en la playa por la hora o por un lugar para comer, nos solía tocar responder. Nuestros padres no habían tenido oportunidad de aprender idiomas y nosotros habíamos seguido cursos de francés en la escuela. Pero la enseñanza de aquella época no se preocupaba mucho de asegurar competencias en el uso eficaz del idioma, sino que estaba orientada a la gramática y a memorizar: “Je t’aime, tu m’aimes, il m’aime...”. París parecía estar muy lejos y de allí nos llegaban las noticias de lo que realmente ocurría en el Estado, cada noche, por radio. El régimen se descomponía lentamente, pero Europa seguía siendo, salvo para unos pocos, un espacio desconocido. De vez en cuando, algún aita iba hasta Milán, en misión industrial, y lo hacía en coche. Nunca nos quedaba muy claro a qué distancia estaba, pero sabíamos que era muy lejos. Lo de volar era algo que solo ocurría en las películas y en los Nodos. Era raro encontrarse con algún extranjero en la vida cotidiana, salvo en verano, cuando volvían aquellos pocos visionarios que habían descubierto los secretos de nuestra gente, de nuestra costa y preferían el clima incierto y la imprevisibilidad del cantábrico a la garantía de sol del sur o la tibieza del Mediterráneo. En los ocasionales viajes a Iparralde aprendimos que cruzar la frontera no era broma y constatamos que el urbanismo y la arquitect-

tura cambiaba, como lo hacía el aspecto de los escaparates, de los bares y de la gente, aunque el mar, las laderas y la luz fueran las mismas. En el Casco Viejo de Baiona era probable encontrar a alguno de los que, digamos por precaución, habían decidido vivir al otro lado de la muga. Apenas ha pasado medio siglo y ahora somos ya plenamente europeos. Viajamos sin pasaporte, sin cambiar de moneda y, al hacerlo, constatamos hasta qué punto es cierto que Europa es una realidad, una exitosa fusión, y qué ventajoso es que lo sea. Pero nada en la vida transcurre por una sola vía. Y mientras buena parte de ella discurre en el carril central europeo, muchas de nuestras pasiones y cuentas pendientes aún circulan por los arcones laterales de lo local, de lo nacional. Y no puede ser de otro modo pues es ahí donde acontece nuestro día a día.

Europa, el viejo continente, testigo y protagonista de tantas guerras, algunas aún recientes, como las derivadas de la desintegración de la antigua Yugoslavia, es donde habita nuestro futuro. Vieja es, sí, pero nueva también, en su unión. Y, como joven inexperto, sufre su primer divorcio antes de haber alcanzado su madurez. Resulta difícil entender lo que significa realmente el *Brexit* en toda su dimensión. Pero somos conscientes de que el Reino Unido siempre tuvo un estatus distinto y que ese hecho diferencial ahora se acentuará. Tal vez a la mayoría de nosotros nos afecte poco, aunque lo hará mucho más a los europeos foráneos que allí residen, estudian y trabajan, y también a los británicos que viven entre nosotros. Esta crisis de juventud obliga a Europa a su autoanálisis, a replantearse su futuro, en el que se proyectan distintas visiones, fiel reflejo de las diferentes realidades de los estados de la unión. Mientras, aquí, seguimos sin haber conseguido cerrar el pacto constitucional del equilibrio territorial estable y persisten las fuerzas de los nacionalismos periféricos que aspiran a cambiar el mapa. Tal vez ahora lo hacen con menos fuerza, posiblemente al constatar la resistencia europea global a alterar una dinámica en la que los estados actuales, preservando su configuración, están destinados a ser quienes decidan el rit-

mo al que se van a ir mezclando, hibridando, para dar paso a la nueva Europa de la ciudadanía, que ya se intuye. Lo recientemente ocurrido en Cataluña, aun sub judice, nunca mejor dicho, ha contribuido a que todos visualicemos lo que, a veces de manera implícita, las versiones más moderadas de los nacionalismos vascos y catalán venían anticipando: hay poco margen para un cambio radical en la estructura actual de nuestros estados y el futuro habrá de ir forjándose en un lento gota a gota: las fronteras culturales se irán derritiendo como los relojes de Dalí en *La persistencia de la memoria* (1931).

Y mientras localmente aun persisten estos debates, empieza a emerger la necesidad de dar respuestas globales a lo que será el futuro de una Europa que los adultos de hoy veremos florecer pero que, sobre todo, pertenecerá a las futuras generaciones. Emmanuel Macron, joven e innovador presidente francés centrista, de cara a las próximas elecciones europeas, nos habla de “renacimiento”, de “energía” y de “ambición renovada”. “Europa no es un supermercado”, dice, sino “un destino común”, para cuyo impulso Francia identifica a Alemania como el socio preferente, ahora que los británicos han decidido acentuar su insularidad. Macron aboga por una Europa social que ofrezca una protección mínima universal a los más desfavorecidos, que integre también el bienestar social. Y lo hace no solo por convicción y necesidad, sino para construir



Cartas al director

Arrogante soberbia

Parecería una reiteración pero con ello quiero dejar bien claro que la soberbia de los políticos españoles sigue en el límite. Por fin un gobernante moderno llama a las cosas por su nombre. La señora de Andrés Manuel López Obrador es historiadora y sabe de lo que habla. Los políticos españoles no son historiadores y solo saben que en un país como este deben defender lo

indefendible. España fue a América a buscar algo de lo que vivir. Llegó allí y conquistó, sometió, esclavizó y explotó al pueblo autóctono esquilmandole de sus riquezas y esclavizándolo en provecho de la corona española. Y esto sucedió de la mano de la Iglesia católica, que participó en las encomiendas –antiguos campos de concentración donde se recluía a los indígenas cautivos para explotarlos y que proveyesen con su tra-

bajo de riquezas a la corona española– y que participó del expolio, llevando a América a la Santa Inquisición. Y las huestes de Hernán Cortés para presumir de sus tropelías propagaron la idea de que los mayas chontales a los que se enfrentaron eran tan grandes que les sacaban dos cabezas, cuando cualquiera que haya visitado México o Guatemala sabrá que la mayoría de los mayas no pasa de 1,60 metros. Unos armados con escudos de

acero, montados a caballo y los otros tirándoles con cerbatanas... Y ahora se nos quiere hacer ver que aquello no fue nada malo, pues gracias a tanto crimen el pueblo mexicano y los demás pueblos de América lograron integrarse en el mundo moderno. Burda mentira. En México, de una población de 110 millones, hoy en día solo hay 7 millones de indígenas. La política y la economía están en manos de los supremacistas herederos de

los españoles que en su día sometieron a los pueblos originarios y los siguen manteniendo en la indigencia en su propio país. Toda la prensa está en manos de españoles, así que no sorprende que ante la declaración de la esposa de López Obrador, tanto allí como aquí, nieguen la mayor, pues su razón no es la verdad, sino el sometimiento de cualquier atisbo de libertad que provenga del pueblo sometido y esclavizado. Y eso lo dice

alguien que sabe de lo que habla pues solo en los últimos tres años ha visitado México en 22 ocasiones.

Carlos Rodrigo Getxo

Envío de cartas a iritzia@deia.eus

NOTA DE REDACCIÓN. Las cartas no deben superar los 800 caracteres y deben estar identificadas con nombre y apellidos de su autor, así como la dirección, teléfono y el DNI. DEIA se reserva el derecho a su edición.

una barrera eficaz que frene el galope de los neopopulismos involutivos que no dudan en manipular a los más débiles para apelar al pasado, para que Europa no sea barrida por regímenes autoritarios.

Nosotros, hoy ya europeos de pro, seguimos siendo aquellos conversos un poco tardíos y apenas conseguimos emitir un mensaje claro, sumidos como estamos en nuestros debates internos. Nos interesa, sí, ser europeos, pero lo de bosquejar la Europa que queremos es una cuestión que se nos escapa, no habiendo aún conseguido consensuar la forma del Estado en que vivimos. Mientras, la nueva líder de los conservadores alemanes, Annegret Kramp-Karrenbauer, conocida también como AKK, francófona y francófila, matiza la propuesta francesa en su reciente artículo *Acertar en la construcción de Europa* (Europa jetzt richtig machen) señalando que el centralismo europeo no es la solución.

Tal vez estas sutiles diferencias en el modelo social sean reflejo de la distinta concepción, naturaleza y estructura de los estados que cada uno representan, del federalismo germano frente al tradicional centralismo galo. Probablemente, el futuro de Europa esté en la fusión de ambas propuestas en un gran espacio que asuma la responsabilidad de cuidar de todos sus ciudadanos pero sin que eso sea excusa para que cada territorio y administración desatiendan sus propias obligaciones y se mutualicen las deudas, como advierte AKK, que expone un punto de vista que en Euskadi nos resulta bien conocido y acorde a nuestra tradición.

Tal vez en esa nueva Europa, a caballo entre la visión de Macron y AKK, que comparten la prioridad de frenar el cambio climático, haya oportunidad para que las naciones sin estado encuentren espacio para sus legítimas aspiraciones.

Con independencia de todo ello, y más importante aún, esa gran Europa habrá de ser un extenso espacio seguro y multicultural en que cada ciudadano pueda desarrollar los proyectos y los sueños que la realidad local le niegue.

Uno no elige donde nace, pero puede seleccionar el lugar donde desea desarrollar su proyecto de vida.

El filósofo y sociólogo alemán Jürgen Habermas ya lo advirtió: "Hay una grotesca desproporción entre la influencia profunda que la política europea tiene sobre nuestras vidas y la escasa atención que se le presta en cada país".

Podría haberlo dicho refiriéndose a nosotros. Nuestro destino está irremediablemente ligado al de la nueva vieja Europa. ●

* DeustoTech-Universidad de Deusto & Universidad Autónoma de Madrid

Grafitis en Bilbao y velos caídos en Teherán

POR Patxi Lázaro

RECIENTEMENTE, paseando por una céntrica calle de Bilbao, se podía ver, trazado con spray negro sobre la persiana de un comercio, un curioso grafiti que decía en euskera: "Islam en Beloa Matxismoaren Ikur" (El velo del Islam es la bandera del machismo). Esto supone una novedad. En primer lugar, no es frecuente que aparezcan mensajes de este tipo en la vía pública: la gente pasaba frente a la persiana y se volvía a mirar con sorpresa. También es obligado recordar la masiva manifestación del 8 de marzo en todo el mundo, con motivo del Día Internacional de la Mujer. Y hay ciertos indicios, procedentes de la misma República Islámica de Irán, foco espiritual de las reivindicaciones integristas de las últimas décadas, que apuntan a la posibilidad de que algo haya comenzado a moverse en el interior de la teocracia machista musulmana. Hace poco más de un año, en otra calle muy lejana a las de Bilbao, la Avenida Enghelab (Revolución), llamada así en homenaje a las manifestaciones multitudinarias con las que se daba refrendo popular a la toma del poder por los mullahs tras la expulsión del Shah en 1979, tuvo lugar un fenómeno más dramático y comprometido que la *ekintza* de un grafitero anónimo en turno de noche: las mujeres se quitaban los velos en un gesto de desafío contra la policía moral del régimen iraní. Esto aun no ha llevado a ningún cambio en la situación general, pero sí se ha convertido en bandera de nuevos movimientos y un fenómeno viral. Las autoridades de Teherán lo atribuyen a injerencias de la CIA, mientras los clérigos musulmanes se rasgan las vestiduras y un pueblo insensibilizado por la penuria y largos años de bloqueo mira con apatía. Los jueces, sin atreverse a hacer uso del peligroso recurso de la mano dura, imponen condenas leves basadas en clases de ética islámica. Los medios occidentales, desorientados por la novedad, no saben cómo enfocar un tema que desborda su agenda editorial y sus manuales de estilo basados en la corrección política. Confusiones aparte, algo parece más que probable: las cosas empiezan a cambiar dentro de una de las sociedades más inmovilistas e ideológicamente consolidadas del mundo islámico.

Lo que esto pueda significar es algo que se

verá con el tiempo. De momento, lo único que se puede hacer es recurrir a la experiencia histórica del propio mundo occidental con los procesos de democratización y laicismo que acompañaron a la formación de las sociedades industriales modernas. No es disparatado suponer que situaciones similares puedan darse en otras partes del mundo a medida que la tecnología, la urbanización y el materialismo cultural se apoderan del planeta socavando los cimientos de las sociedades tradicionales. Es cuestión de tiempo. Los que creen que las visiones religiosas o ideológicas del mundo tienen alguna posibilidad como modelo alternativo al capitalismo o la aldea global, deberían comenzar por releer sus libros de historia del colegio, si es que aun los conservan. Por un tiempo, Al Qaida, el Daesh o los telepredicadores americanos, con su acción directa o su violencia verbal, pudieron hacer creer a más de un analista timorato que íbamos hacia una segunda Edad Media. Pero el tiempo y la vida moderna terminan poniendo a cada cual en su sitio: a unos, en centros comerciales; a otros, en su reserva amish o en tiendas de campaña perdidas en mitad del desierto. ¿A qué loco se le ocurrió la idea de que, mientras Occidente se descristianizaba, el mundo islámico podía seguir manteniendo viva la palabra del Profeta y las cimitarras en alto?

Un aspecto fundamental en el proceso de secularización de las sociedades modernas lo constituye, sin duda, la política sobre la mujer. Educación, igualdad, lucha contra la brecha de oportunidades,

son líneas de acción que, cuando no están presentes, hacen que cualquier proyecto de reforma quede en un simple ejercicio de voluntarismo ideológico. Esto lo sabemos en Occidente desde hace más de un siglo. En Irán están empezando a darse cuenta. De ahí el nerviosismo de los líderes religiosos de la República, las vacilaciones y la confusión a la hora de tomar medidas que compatibilicen la realidad social con su visión de un estado basado en preceptos coránicos y roles ideales distribuidos por sexos. Recuerda mucho a los intentos por parte de algunos regímenes políticos de salvar esencias socialistas ante el avance de la economía de mercado, forzando los hechos de la vida real por medio de la retórica hasta que los propios artífices del engaño se ven obligados a reconocer lo inútil de su empeño. Apostar a favor del fundamentalismo islámico es como pensar que al régimen comunista de Cuba le espera un futuro en las playas de Florida. No sabemos la forma concreta que habrá de adquirir el proceso, pero podemos predecir su resultado: más o menos algo parecido a lo que tenemos aquí, en las calles de Bilbao, donde, para romper la monotonía de todas esas reivindicaciones trasnochadas que ya sabemos, de vez en cuando se ve un grafiti original y provocador.

El velo islámico no es solamente la bandera del machismo (aunque haya turistas del ideal que se empeñan en convertirlo en símbolo identitario de dignidad femenina, resistencia popular en la franja de Gaza o lo que sea). También posee connotaciones milenaristas y puede marcar su pequeño gran hito en la historia. Según los Evangelios, cuando Jesús muere, se rasga el velo del templo de Jerusalén y aquello representa un cambio de señal en el semáforo de los tiempos. El movimiento de protesta *velos fuera* de la Avenida Enghelab de Teherán, en el mismo lugar donde el Ayatollah Jomeini declaró la Guerra Santa a Estados Unidos y el segundo embargo de petróleo contra Europa, va más allá de un algara protagonizada por unas cuantas revoltosas provistas de teléfonos móviles. Con el tiempo, irá transformándose en una reivindicación en pro de la igualdad tan perentoria como la que el pasado 8 de marzo salió a hacerse visible en las calles de todas las ciudades del mundo civilizado. ●

* Escritor

Zirrikietatik begira



Karmele Jaio

Hautsa

GURE etxeko armairu eta liburueta bezala, horrela pausatzen da hautsa gure gainean ere, gure sorbalda eta buruen gainean, urteak aurrera doazen heinean. Behin

adin batera helduta, askotan sentitzen dugu defasatuta gaudela, zaharkituak, garai bateko etxeetako paper margotuak bezala. Ez ditugu ulertzen, adibidez, gure ilobak erabiltzen dituen hitz berri horiek; ez dugu ezagutzen hirira asteburuan datorren musika taldea (benetan ez dituzu ezagutzen?, galdetuko dizute, harrirituta), ez dugu gure barnean aurkitzen garai bateko pasio eta indarra, handik hara beti zerbaiten bila ibiltzera bultzatzen gintuen indar geldiezin hura. Askotan, gure

oinei begiratu eta etxeko zapatilen mozorroa jantzi dutela iruditzen zaigu, jada ez direla kapaz bide berriak irekitzeko, eta gure bizitzaren ibilbidea beti kale eta errutina berdinetatik igaroko direla sinesten dugu. Baina batzuetan dena aldatzen da egun batetik bestera. Aldaketa hori gauza ezberdin askok eragin dezakete, bakoitzaren bizitzaren arabera. Batzuetan gure bizitzan garrantzitsua izan den norbaitekin berriz elkartzeko eragin dezake aldaketa; beste batzuetan

gaixotasun bat gainditu izanak; etxeko edo lanez aldatzeak; bidai batek; harreman berri batek... Modu ezberdinetan gertatu daiteke, baina bat batean bizigarri bat aurkitzen dugu, aspaldi ahaztuta geneukan etengailu bat zapaldu dugula sentitzen dugu, eta bizigarri horrek astindu egiten gaitu. Uretatik irten berri den txakur baten modura astintzen dugu gure burua, inguru guztia zipriztinduz, eta orduan konturatzen gara gainean geneukan hautsa ez zegoela bertan betirako, hautsa

gainean eramatera ohitu bagara ere, eta gure azalean barneratuta sentitzen baguen ere. Eta hautsez beteriko liburu bat hartu, trapu batekin garbitu eta orrialdeak irekitzean hango pertsonaiak oraindik bizirik daudela egiaztatzen dugunean bezala, une horretan gu ere bizirik sentitzen gara berriz. Eta une argitsu horiek bizitzarekin adiskidetzen laguntzeaz gain, berriz ere eta erakusten digute ezer ez dagoela aurretik idatzita, eta bizitzak beti harritu gaitzakela. ●